

E. NESBIT Y ELENA FORTÚN: ¿ESCRITORAS PARALELAS?*

Marisol DORAO
Universidad de Cádiz

Cuando Encarnación Aragonese Urquijo, que utilizó el seudónimo de Elena Fortún, nació en Madrid un 17 de noviembre de 1886, E. Nesbit llevaba veintiocho años viviendo en Inglaterra, y estaba casada con Hubert Bland, tesorero de la recién fundada Fabian Society.

Cuatro años después de la muerte de E. Nesbit en 1924, Elena Fortún publicaba sus primeros trabajos para niños en el semanario «Gente Menuda», suplemento infantil dominical de «Blanco y Negro», revista ilustrada de información dependiente de ABC.

Que E. Nesbit nunca supo nada de Elena Fortún es evidente; pero no es imposible que Elena Fortún llegara a conocer algo de la obra de E. Nesbit, ya que las primeras traducciones de sus cuentos, publicados por la Editorial Saturnino Calleja, hoy desaparecida, son de 1901. Y sin embargo, en toda la obra de Elena Fortún no se ve para nada la influencia directa de E. Nesbit. Los personajes de una y otra escritora pertenecen tan absolutamente a su tiempo y a su época que no son intercambiables.

En cambio, el espíritu que guía a las dos puede decirse que es el mismo. Es una especie de sincronización de sentimientos que, a través, y a pesar del tiempo y de la nacionalidad, diferentes ambos, las convierte en algo que podríamos llamar «escritoras paralelas»⁽¹⁾.

(*) Comunicación leída en la 36th Mountain Interstate Foreign Language Conference, organizada por el Dr. Gregorio C. Martín, del Department of Romance Languages, de la Universidad de Winston Salem, Carolina del Norte, y celebrado durante los días 10 al 13 de octubre de 1986.

(1) Esta sincronización es que hace que, en muchas ocasiones, las situaciones se dupliquen. Un ejemplo lo tenemos en la página 15 de «Cuchifritín y sus primos». Es verano; los niños se han quedado

Sin entrar todavía en un análisis de su obra, es interesante constatar algunas de las principales coincidencias de sus vidas, salvando las diferencias de fechas.

E. Nesbit

—(Nace en Londres un 15 de agosto de 1858)

—Se casa a los 22 años.

—Primeras publicaciones en la revista infantil «Girl's Own Paper» en 1896, cuando tiene 38 años.

—Aparece su primer libro importante, «The Treasure Seekers», dedicado a Oswald Barron, inspirador de su protagonista Oswald Bastable, en 1899. Tiene 41 años.

—Se le muere un hijo de 16 años.

—Siente gran admiración por el Birkbeck College de Londres, cuyo nombre usa en uno de sus cuentos, por ser una institución progresista y de espíritu abierto, a diferencia de los centros tradicionales ingleses.

—Se queda viuda a los 56 años.

—Muere en 1924, a los 66 años, de una enfermedad de pulmón.

Elena Fortún

—(Nace en Madrid un 17 de noviembre de 1886)

—Se casa a los 19 años.

—Primeras publicaciones en la revista infantil «Gente Menuda» en 1929, cuando tiene 40 años.

Aparece su primer libro importante «Cuchifritín, el hermano de Celia», dedicado a Félix Díaz Hernández, inspirador de su protagonista Cuchifritín, en 1935. Tiene 49 años.

—Se le muere un hijo de 14 años.

—Siente gran admiración por la Institución Libre de Enseñanza, donde matricula a sus hijos. El espíritu de este centro es parecido al de Birkbeck College.

—Se queda viuda a los 62 años.

—Muere en 1952, a los 66 años, de una enfermedad de corazón.

Entre las diferencias podemos señalar que Elena Fortún era universitaria (estudió Filosofía y Letras en Madrid), y E. Nesbit no tenía estudios superiores; que Elena Fortún murió viuda, mientras que E. Nesbit se volvió a casar. Y que Elena Fortún empezó a escribir animada por María Martínez Sierra, perteneciente al ambiente literario de Madrid, cuando a E. Nesbit le empujaron las circunstancias, ya que, con su marido arruinado y enfermo, necesitaba dinero para mantener a la familia.

E. Nesbit utilizó su nombre para firmar sus obras, cuando hasta hacía poco las mujeres inglesas que escribían solían utilizar un seudónimo, y Encarnación Aragoneses usó el de Elena Fortún⁽²⁾.

a cargo de tía Julia, que no les deja hacer nada, y en un descuido, consiguen escaparse y se van a la playa. En «Whereyouwantogoto» (Nine Unlikely Tales, pg. 90) de E. Nesbit, hay también dos niños, dejados a cargo de unos tíos igual de intolerantes que la tía Julia de Elena Fortún, y que también consiguen escaparse y marcharse a la playa, aunque por otro sistema.

(2) Su marido, Eusebio de Gorbea Lemmi, publicó en 1922, en la Editorial Saturnino Calleja, una his-

Aunque E. Nesbit pertenecía a una familia de clase media alta, y de soltera gozó de una posición acomodada, en sus primeros años de casada pasó verdaderos apuros económicos y esto se refleja claramente en su obra. En «The Treasure Seekers»⁽³⁾ nos presenta a unos niños que se dedican a buscar tesoros para tratar de aliviar la situación económica de la familia, que adivinan grave por las restricciones a que están siendo sometidos. En «The Railway Children»⁽⁴⁾ una de sus obras más conocidas, la familia, al quedarse sin dinero, tiene que abandonar su espléndida casa de Londres, con todo el servicio, y mudarse a una humilde casita en el campo, con sólo una cocinera.

En cambio, en la mayor parte de la obra de Elena Fortún, especialmente en la primera parte, se respira un ambiente de abundancia, de comodidad, y hasta, en ocasiones, de lujo. Celia, la niña protagonista, vive en la calle Serrano, y tiene doncella, cocinera, ama de llaves, y hasta una institutriz inglesa. En las casas de algunos de sus amigos hay lacayos y mayordomos. La familia veranea en San Sebastián, en una época en que el Sur no estaba de moda, por eso los que pueden permitirse el lujo de veranear se van al Norte. Pero Celia y su familia llegan hasta Francia (Biarritz y Juan-les-Pins) lujo reservado a la aristocracia y a las cuentas corrientes más elevadas.

Al final de su obra, Elena Fortún cambia el ambiente de sus personajes, posiblemente porque su propio ambiente económico ha cambiado también. La madre de la protagonista muere, el padre se arruina, y Celia, que se crió en un ambiente francamente desahogado, tiene que ponerse a trabajar.

En la obra de E. Nesbit los adultos tienen muy poca importancia. Aparecen padres, y no siempre los dos, y algún que otro tío. Pero nada más. Los protagonistas tienen hermanos, pero no primos. La tía, cuando es buena y cariñosa, es la que sustituye a la madre ausente, pero el hueco del padre ausente no suele llenarlo nadie, probablemente porque ella, que se quedó sin padre cuando sólo tenía tres años, no pudo llenarlo nunca.

En cambio, Elena Fortún presenta una familia con amplias ramificaciones: Celia tiene padre y madre, y un tío, Rodrigo, hermano de su padre. Su madre tiene una hermana, tía Cecilia, y un hermano, el tío José, que vive en Segovia con el abuelo. Existe una tía Julia, que unas veces se presenta como hermana de papá y otras como hermana de mamá⁽⁵⁾, y que tiene un hijo, el primo Gerardo, que, como es mayor (cuando

toria de Madrid, «Magerit», como primer título de la serie «Los mil años de Elena Fortún», sobre ciudades españolas.

(3) Nesbit, E., *The Treasure Seekers*, London, Penguin, 1979.

(4) Nesbit, E., *The Railway Children*, London, Penguin, 1975.

(5) En la edición de «Celia lo que dice» de 1982, pg. 163, el capítulo «La casa de tía Julia» empieza diciendo: «La tía Julia es hermana de papá», mientras que en el artículo, sin título, publicado en «Gente Menuda» el domingo 13 de octubre de 1929, dice: «La tía Julia es hermana de mamá».

aparece por primera vez es estudiante de Medicina) pertenece a un mundo intermedio entre el de los adultos y el de los niños.

Tía Cecilia, que es viuda, tiene tres hijos: un niño, José Ramón, y dos gemelas, Miss Fly y Pili. Más tarde se casará con un viudo, que tiene una hija, Sonia⁽⁶⁾ de la misma edad que las gemelas, pero ofreciendo un impresionante contraste con ellas: en lo físico, porque las gemelas son rubias y transparentes, y Sonia es morena y maciza. Y en lo espiritual, porque las gemelas son dulces y tímidas, mientras que el atrevimiento de Sonia no tiene límites.

El abuelo de Celia es el clásico caballero castellano, de barba blanca y talante serio, aunque no le falte de vez en cuando el sentido del humor. Vive en su caserón de Segovia, solo, asistido por una antigua sirvienta, Valeriana.

La descripción del servicio doméstico en una y otra autora es también un punto interesante. En Elena Fortún, cada ramificación familiar tiene un sirviente característico. Valeriana es la típica campesina de Castilla, con apariencia seca y seria como su tierra, pero con un inagotable caudal de ternura. La madrileña Basíldes es la cocinera de tío Rodrigo: inculta, supersticiosa, primitiva, se pasa el día refunfuñando por todo, pero en el fondo es fiel y, a su modo, cariñosa. Como contraste, el otro servidor del tío Rodrigo es Maimón, un morito de Marruecos, un «renegado» en opinión de Basíldes, listo, travieso, fantasioso e inquieto: adora a la niña, «Celia bunita», y está dispuesto a secundarla en todas sus travesuras, lo que hace que Basíldes esté continuamente peleando con él.

En el primer libro de Celia aparecen una cocinera, cuyo nombre no se menciona, una doncella que se llama Juana y una institutriz inglesa, Miss Nelly, de ninguna de las cuales se habla mucho, pero a la mitad del libro aparece Doña Benita, «una señora vieja que también cuidó a mamá de pequeña», que se convertirá en un elemento constante a lo largo de casi toda la obra. Es una mezcla de ama de llaves, señora de compañía y niñera.

Los criados que aparecen en los cuentos de E. Nesbit son mucho menos variados. En «The Treasure Seekers», el protagonista explica que, cuando se quedaron sin dinero

...the servants left and there was only one, the General.

Esta «general servant», o «criada para todo», se llama Eliza, pero no sabemos mucho más de ella. En «The Wouldbegoods»⁽⁶⁾, con la misma familia, aparece, además, una niñera que se llama Martha, y que vuelve a aparecer en «Five Children and It»⁽⁷⁾,

(6) Sonia, la hija de tío Tornás, es más conocida por Matonkikí, por la canción de Maurice Chevalier «Ma tonkinoise», que entonces estaba de moda (v. «Cuchifritín y Paquito», Madrid, Aguilar, sin fecha, pg. 207).

(7) Nesbit, E., *Five Children and It*, London, Penguin, 1978.

pero tampoco parece un personaje importante. En «The Story of the Amulet»⁽⁸⁾, donde ya es otra familia, aparece Old Nurse, una antigua niñera con quien se quedan los niños mientras los padres están de viaje, y que, por carácter y por ocupación, recuerda a la Doña Benita de Elena Fortún.

En estos libros de E. Nesbit, los niños, protagonistas absolutos, son más importantes que los adultos, mientras que en la obra de Elena Fortún los dos mundos están en el mismo plano, y es una conveniencia muy difícil porque los adultos de la España de los años 30 tienen un mundo propio, cerrado e intransigente: los niños, a quienes nadie intenta comprender, llevan todas las de perder si no se someten a las reglas de los mayores. Y los niños no quieren someterse porque, con un sentido innato de la justicia, intuyen que esas reglas son, además de arbitrarias, injustas. Elena Fortún, siendo adulta, sabe verlo y presentarlo con una objetividad verdaderamente asombrosa.

E. Nesbit tiene menos problemas en este sentido porque el mundo de sus niños no suele mezclarse con el de los adultos. Su planteamiento es opuesto al de Elena Fortún: ella no presenta una sola familia con varias ramificaciones, sino varias familias, sin ninguna, o casi ninguna, ramificación. La única que tiene apellido es la de los Bastable: en las demás sólo se dan los nombres de los niños.

En los cuentos de E. Nesbit, que ya son eduardinos, aparece todavía ese «Sancta Sanctorum» victoriano que es la «nursery». Utilizo la palabra inglesa porque tiene unas connotaciones más fuertes que la española «cuarto de jugar» o «cuarto de los niños». Pero mientras en el *nursery* victoriana el Sumo Sacerdote era la niñera, o nurse, cuya autoridad resultaba en algunos casos superior a la de la madre⁽⁹⁾, en la «nursery» de E. Nesbit los niños son los dueños absolutos. En «The Treasure Seekers», pg. 189, los niños, Dora, Oswald, Dicky, Alice, Noel y Horace Bastable, huérfanos de madre, invitan a un tío suyo a comer en la «nursery». Son ellos, con sus ahorros, los que compran la comida: conejo, de plato fuerte, y almendras, higos, pasas y coco para un pastel, y le encarguen a la cocinera que se lo prepare. Son ellos los que ponen la mesa y los que sirven la comida, y todo resulta magnífico. Esto hubiera sido impensable para los niños de Elena Fortún, porque a los niños españoles de entonces no se les daba tanta beligerancia.

En cambio la idea de justicia social, o sea, el deseo de unos derechos mejor repartidos, es igual en las dos escritoras, aunque cada una exprese esta idea a su estilo. Quizás le sea más fácil a E. Nesbit porque la está viviendo mientras la describe. Elena Fortún tiene que ir la desenmascarando continuamente desde un mundo de lujo, con seres aparentemente buenos, pero que viven de espaldas a la desagradable realidad.

(8) Nesbit, E., *The Story of the Amulet*, London, Penguin, 1975.

(9) V. mi Tesis Doctoral, «Pensamiento y personalidad de E. Nesbit a través de sus cuentos maravillosos», pg. 345.

En la página 12 de «Celia lo que dice», edición de 1982⁽¹⁰⁾ leemos una conmovedora conversación de la niña protagonista, Celia, con uno de los Reyes Magos, en el balcón de su casa, en la noche del 5 de enero, donde el Rey Negro, Baltasar, le explica que sólo deja juguetes en los balcones de los niños ricos, pero es para que los repartan con los niños pobres. La niña lo comprende enseguida, y lo reparte todo con la hija del portero, que es muy pobre. El padre tarda un poco en comprenderlo, pero lo acepta. Sin embargo, su único comentario es:

—Lo que no sabes es la que nos va a armar tu madre cuando aparezca.

En «Celia madrecita», cuando ya han pasado los días de abundancia y Celia es ya mayor, aparece su hermana pequeña, Teresina, hablando de Valeriana con el abuelo. Y el abuelo dice:

...Valeriana hace muchas cosas que tú no deberías hacer nunca, como gruñir y rezongar cuando está enfadada, dar portazos, pegarse con las mujeres en la plaza... ¡pobre! Ha trabajado toda su vida, no ha tenido un papá y una mamá que la educaran y la enseñaran lo que os han enseñado los vuestros... es la víctima de una terrible injusticia social... (pg. 74).

Celia, que ya ni es niña ni es rica, se da cuenta ahora de que hay gente que vive de otra manera, y en Santander, donde veranea tía Cecilia y ella está invitada, pasando unos días al estilo de antes, se encuentra con Petruca, la hija del jardinero, que no sólo es pobre como ella ahora, sino que nunca tuvo la educación que a Celia le dieron antes. Hablando de libros, ante la reacción de Petruca, que opina que a los pobres no les hace falta saber de letras, Celia insiste:

Lo que cuentan los libros es para todos, para los ricos y para los pobres, Petruca... y aún más para los pobres, porque tienen que ganarse la vida...

Ya tenemos, en Elena Fortún, la idea, generosa y progresista, del Dr. Birkbeck, que fundó en Londres el colegio que lleva su nombre y que tanta simpatía despertó en E. Nesbit, pensado para que los menos afortunados económicamente tuvieran también acceso a la instrucción.

Al final de «Celia madrecita», en la pg. 208⁽¹¹⁾ hay una premonición de la guerra civil en una conversación entre el abuelo y el padre de Celia, que se va de viaje:

(10) Hay también una edición de 1939, y otra, la decimotercera, de 1982, pero, como todos los capítulos de «Celia lo que dice», éste se publicó antes en «Gente Menuda» en 1926.

(11) En la edición que yo cito, que es la de 1982, se menciona como primera una de 1939, pero, indudablemente, tuvo que haberse escrito antes.

—¿Qué día es mañana?— dijo papá

—Es dieciocho de julio... ¡Ojalá vuelvas pronto!— dijo el abuelo.

Y el corazón se me apretó sin saber por qué.

En E. Nesbit, la idea de la justicia social, distribuida sutilmente a lo largo de toda su obra, se encuentra claramente expresada en algunos pasajes de «The Story of the Amulet», una fantasía inspirada seguramente en la obra de su amigo H.G. Wells, donde unos niños, gracias a un amuleto, pasan con la mayor facilidad del presente al pasado, como en «The Time Machine»⁽¹²⁾. En la página 112 vemos con qué simplicidad administra justicia la Reina de Babilonia. Comparece ante ella una mujer en defensa de su marido, acusado de haber hablado mal de la Reina.

—How do you know he hadn't spoken evil of me?— said the Queen

—No one could— said the woman simply— when they'd only seen your beautiful face

—Let the man out— said the Queen, smiling— Next case.

Por medio de este sistema que podríamos llamar «salomónico», E. Nesbit parece querer criticar las florituras de los Miembros del Parlamento, y de los políticos en general, que lo complican todo a base de palabras altisonantes, y no son capaces de llegar, como la Reina, a una conclusión satisfactoria y rápida.

En la página 148, paseando por Mile End Road, se encuentra por primera vez en su vida con unos representantes de la clase obrera, aquella nueva clase social hija de la Revolución Industrial, y le parecen esclavos de bajísima categoría. Cuando pregunta, sorprendida, por qué sus amos los tienen tan mal vestidos y tan mal alimentados, E. Nesbit cuenta:

No one answered. The wage system of modern England is a little difficult to explain in three words even if you understand it— which the children didn't.

La Reina les advierte que esos esclavos en tan malas condiciones van a acabar por hacer una revolución, y la E. Nesbit política asoma en las palabras de su pequeño protagonista:

—Oh, no. You see they have votes — that makes them safe not to revolt.

It makes all the difference. Father told me so.

A pesar de todas las explicaciones, la Reina no acaba de comprender lo que es un voto, y llega a la conclusión de que debe de ser una especie de juguete. Con lo que

(12) Wells, H.G., *The Time Machine*, London, Faber & Faber, 1952.

se pone de manifiesto que E. Nesbit, en el fondo, no tiene demasiada fe en los políticos ni en sus soluciones.

En cambio, las soluciones que ella ofrecía eran, aunque algo utópicas, mucho más agradables. En la página 229 del mismo libro nos presenta a un niño que llora desconsolado porque ha sido expulsado temporalmente del colegio. Los pequeños protagonistas no pueden dar crédito a sus oídos. Y mucho menos cuando, al hablar con la madre del niño, ésta les confiesa que no sabe lo que son pobres, ni vagabundos, ni gente que no tiene casa: en el Londres de su tiempo eso es algo absolutamente impensable:

–People who haven't any homes?– repeated the lady– I really don't understand what you're talking about.

Una de las soluciones utópicas de E. Nesbit consistía en colegios donde los niños fueran tan felices que, si se les castigaba a no ir, aunque fuera temporalmente, llorarían sin consuelo.

El niño del cuento había sido castigado por tirar un papel al suelo, y esto nos lleva a otra de las utopías de E. Nesbit, esta vez en el campo de lo urbanístico: un Londres limpio, alegre, claro, con calles amplias y cómodas, con un Támesis transparente; un Londres donde todo el mundo tendría casa, y ropa y comida suficientes.

El asunto de la enseñanza, y, como consecuencia, el de los colegios, preocupa a las dos escritoras. E. Nesbit, que guardó un mal recuerdo de los colegios donde estuvo de pequeña, no habla bien de estas instituciones en sus cuentos (v. «*Fortunatus Rex*»⁽¹³⁾, v. «*Kind Little Edmund*»⁽¹⁴⁾ etc...) y sus hijos se educaron en casa, con profesores.

Elena Fortún, cuya experiencia en este terreno no debió de ser tan negativa, presenta en su obra dos clases de colegios: en «*Celia en el colegio*» aparece un internado de niñas, llevado por monjas, típico de la época, y en «*Celia madrecita*» nos presenta un equivalente a las «*Dame Schools*» inglesas del siglo XVIII: una academia para niños pequeños, a precios módicos, que han abierto, en su casa, dos hermanas solteras. Las simpatías de Elena Fortún van claramente hacia la primera clase de colegio, donde podemos ver a una Celia sin inhibiciones, totalmente feliz. Sin embargo, durante algún tiempo, la censura eclesiástica española prohibió la publicación de este libro, alegando falta de respeto a la religión. Y todo porque, en la página 80 de la primera edición, Celia piensa, muy preocupada, que D. Restituto, el capellán, no es un cura de verdad porque debajo de la sotana lleva pantalones como los demás hombres.

(13) Nesbit, E., *Fortunatus Rex* (E. Nesbit Fairy Stories, edited by Naomi Lewis, London, Knight Books, 1977, pg. 125).

(14) Nesbit, E., *Kind Little Edmund*, (*The Last of the Dragons*, London, Puffin, 1978).

Es importante no olvidar que este estudio comparativo resulta incompleto por el momento, ya que mientras sobre E. Nesbit hay mucho escrito, en Inglaterra y fuera de ella, y se conoce bien su vida, sobre Elena Fortún todavía no hay una biografía en España. Los datos personales que yo tengo de ella los he conseguido en la Editorial Aguilar, gracias a la inestimable ayuda de D. Tirso Echeandía, Vicepresidente del Consejo de Administración, y en los archivos de ABC, por amabilidad de D. Santiago Arbós.

E. Nesbit, que publicó sus primeros libros en Ernest Benn, tuvo a lo largo de su vida profesional varios editores, pero los libros de Elena Fortún se han publicado únicamente en la Editorial Aguilar. La relación de la escritora con el fundador de la editorial, D. Manuel Aguilar, fue bastante más que la estrictamente profesional de escritor/editor. Durante bastante tiempo, sobre todo en los últimos años de su vida, D. Manuel fue para la escritora el gran apoyo, no sólo económico sino también moral, como se evidencia en su correspondencia, que es realmente conmovedora.

Sirva este pequeño trabajo como humilde homenaje a la memoria de Elena Fortún, Encarnación Aragoneses, que hubiera cumplido cien años el pasado 17 de noviembre de 1986.